



Miércoles Santo: llorar en, con y por la historia

Juan Ignacio Vara

¡Qué bien sienta llorar, cuando el corazón rebosa de emociones diversas y no se va en hemorragias, sino en llanto, que siempre es purificador, bautismal! Llorar en soledad, cuando tu propia finitud te aprieta y no le encuentras sentido a respirar; llorar porque, mientras tú estás en casa, solo o con los tuyos, encerrado porque un virus ha asaltado la tierra, hay mujeres y hombres, con sus historias auestas, que se están muriendo sin una caricia de los suyos, sin un padrenuestro de los suyos, con la ternura en la mirada de los sanitarios que han luchado por ellas y ellos. Llorar porque, en aquel concreto abrazo, nuestra persona no encontró otra manera de decir te quiero; llorar porque el hijo o la amiga se van a trabajar su vida lejos; llorar porque, sin saber muy bien por qué ni cómo, una brisa ha pasado por tu alma, como un ángel, y has sentido que te tocaba el ala de lo inefable y que pasaba, que no la podías atrapar; llorar a la mitad del telediario de puro no comprender cómo podemos seguir haciendo Holocaustos televisados; llorar por los niños que UNICEF nos pone ante los ojos y quisiéramos el imposible de hacerles un hueco en nuestras familias; llorar viendo ese corto video que te ha llegado por el Whatsapp, titulado “para después de la cuarentena”, con cuatro chiquitos que justo pueden pararse y andar y dan un curso de abrazos y sonrisas... Llorar cuando te ha tocado sentir que la fidelidad se evaporó y se llevó parte de tu horizonte; llorar por lo que ves venir y no puedes impedir que llegue...

Si leéis las andanzas de Jesús en sus últimos días por Jerusalén, os encontraréis con que, por segunda vez en los textos evangélicos, lloró. Lloró como cuando duele el pecho al hacerlo y crees ahogarte. Lo había hecho en Betania, poco tiempo atrás, junto a la tumba de Lázaro, tal y como lo narra Juan. Ahora es Lucas quien lo dice explícitamente: *“Al acercarse y divisar la ciudad, dijo llorando por ella: ‘Ojalá tú también reconocieras hoy lo que conduce a la paz. Pero eso ahora está oculto a tus ojos [...] no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no reconociste el momento en que fuiste visitada por Dios’* (19, 41-44). Estremecedor. Marcos y Mateo también nos regalan el tremendo discurso apocalíptico sobre Jerusalén y el final de la historia. Claro que los tres autores conocían bien lo que había sucedido unos años atrás, cuando los romanos arrasaron la ciudad, destruyeron el templo y mataron a más de 100.000 personas. Muchos de los primeros cristianos eran hijos o nietos de quienes sufrieron tamaño holocausto. Y ponen la historia como profecía en labios de Jesús.

Para el judío que era Jesús, el templo no era como una de nuestras parroquias o catedrales: era su Israel, luz de las naciones, que se había apagado y acartonado, sí, y él no consiguió que descubriera que Dios los había visitado. En algún sentido, Jerusalén fue el fracaso de Jesús, el extraño joven de Nazaret de Galilea de “donde no podía esperarse nada bueno”. Lloró por la corta historia que él mismo había vivido y por la que intuyó, en alguna forma, que su pueblo iba a vivir. Y, en medio de tanta angustia, le quedan agallas para decir a sus amigos: *“el que aguante hasta el fin, se salvará. La Buena Noticia del reino se proclamará a todas las naciones y entonces llegará el final”* (Mt 24, 13-14). Nunca derrotado del todo, porque había en él una semilla de resurrección que ya estaba germinando.

En este miércoles santo viene bien no olvidar que somos historia, no solo parte de ella; somos, amamos, lloramos, decidimos, abrazamos, nos esforzamos, nos derrotan en el tiempo. Como Jesús y como a Jesús. Si el amor nos aprieta y se nos saltan las lágrimas, dejémoslas correr... es posible que sirvan para que, pasado mañana, cuando la pandemia pase, la semilla de vida que llevamos en nosotros reviente como un sol de amanecida y estalle en vidas que, como las pequeñas margaritas de estos días, no tengan que pedir permiso para amar.